

rompió en el siglo II, mezclándose con el judaísmo y el paganismo. Proceden bien poco de acuerdo para ser hombres que se tienen por muy ilustrados.

4º El nombre de *misterios*, que los PP. del siglo II dieron á la Eucaristía y á los demás sacramentos, se funda en una razón mucho más sencilla, aunque los protestantes no quieren entenderla; los PP. de aquel siglo quisieron en esto significar que los sacramentos tienen un sentido misterioso y oculto, porque producen un efecto invisible en el alma de los que participan de ellos. Así, el bautismo ó el acto de derramar el agua sobre el niño borra en su alma la mancha del pecado original, le hace por la gracia hijo adoptivo de Dios, y le imprime un carácter indeleble. La Eucaristía ó el acto de pronunciar las palabras sobre el pan y el vino, y distribuirla entre los fieles, produce la mutación sustancial de estos alimentos, y la conversión en cuerpo y sangre de Jesucristo, etc. Lo mismo sucede con los demás sacramentos; y en este sentido habla del matrimonio S. Pablo, cuando dice que es un gran *misterio* en Jesucristo y en la Iglesia. *Epíst. á los Efes.*, v, 32.

5º Convenimos en que estas ceremonias se celebraban secretamente en los primeros siglos, teniendo cuidado de no celebrarlas á la vista de los paganos, y que en este sentido fueron misteriosas: no se descubrían ni aun á los catecúmenos; pero era por una razón del todo diferente de la que soñaron los protestantes. No querían exponer estas sagradas ceremonias á la burla y profanación de los paganos. Cuando Diocleciano mandó buscar y quemar la Sagrada Escritura y los libros de los cristianos, los ocultaron cuidadosamente. Si los paganos hubieran hallado en las iglesias ó en los lugares donde se congregaban los fieles algunos objetos del culto ó algunos indicios de ceremonias, hubieran hecho lo mismo con ellos que con los libros sagrados. Se veían precisados á ocultarse para ejercer el culto: este no podía dejar de parecer misterioso.

Lo que prueba que esta fué la razón de la conducta de los pastores, es que no rehusaron manifestar á los emperadores y magistrados el culto de los cristianos, cuando les pareció necesario para demostrar su santidad y su inocencia. Así las diaconisas á quienes Plinio hizo atormentar para saber lo que pasaba en las asambleas de los cristianos, se lo dijeron con sinceridad, y lo mismo hizo S. Justino en sus *Apologías del cristianismo*, dirigidas á los emperadores. Otra

prueba de lo mismo es, que en el siglo IV, luego que cesaron las persecuciones y fué casi destruido el paganismo, se publicaron por escrito las liturgias, que hasta entonces solo se habían conservado por una tradición secreta. Véase la obra intitulada: *Traité hist. et dogm. sur les paroles ou les formes des Sacraments*, por el P. Merlin, jesuita, impresa en París el año de 1745.

6º Los protestantes yerran todavía más torpemente en añadir que los cristianos del siglo II eran judíos y paganos, acostumbrados desde la infancia á ceremonias supersticiosas é inútiles, y que les era difícil dejar las preocupaciones que habían contraído por un largo hábito y por la educación; que sería preciso un milagro continuo para que no se introdujesen en el cristianismo sus prácticas supersticiosas. Si fué preciso un milagro, sostenemos que se verificó, y que no fué más que una consecuencia de la conversión de los judíos y paganos. Los apóstoles previnieron á los infieles contra los ritos judaicos en el concilio de Jerusalén. *Hech. apóstól.*, xiv, 28; y S. Pablo, contra las supersticiones paganas, en su *Epíst. á los Colos.*, II, 18, y en otras partes. Los PP. del siglo I y II escribieron contra la tenacidad de los ebionitas, siempre adictos á las leyes judaicas, y contra la impiedad de los gnósticos, que querían introducir los errores de los paganos. Contra todas estas pruebas positivas no sirven para fundar las más mínima probabilidad las conjeturas de los protestantes.

7º Para probar que en el siglo II los cristianos del Egipto cometieron la falta de que se les acusa, es preciso explicar por qué medios penetró el mismo contagio en la Siria, en el Asia Menor, en la Grecia, en la Iliria, en Roma, y en las demás regiones en que los apóstoles fundaron iglesias antes de aquellos tiempos; es preciso designar el misionero egipcio que vino á manchar con el barniz del paganismo las demás sociedades cristianas, y el patriarca de Alejandría en cuyo tiempo se verificó esta revolución. Es preciso que los digan cómo pudo esta realizarse sin reclamaciones en una Iglesia de tanta propensión á disputas, á disensiones y á cismas en materia de doctrina. Una vez que no nos alegan hechos ni pruebas positivas, tenemos derecho á suponer que los fieles instruidos por S. Pedro, S. Pablo y los demás apóstoles, fueron bastante adictos á sus lecciones para no adoptar sin exámen una fantasía extravagante de los doctores del Egipto.

8º S. Clemente de Alejandría, lejos de tener en esto parte alguna, fué quien entre

todos los PP. descubrió con más exactitud las indecencias, las torpezas y los absurdos de los *misterios* del paganismo. En su *Exhortación á los gentiles*, recorriendo estos *misterios* unos en pos de otros, demuestra que en todos eran iguales la infamia y la demencia, y que los símbolos que en ellos se usaban, no eran más que puerilidades y obscenidades. Tales eran, en los *misterios* de Ceres, las cestas, el trigo de la India, los ovillos, las tortas, etc., y las palabras que no tenían ningún sentido. El medio de hacer despreciables los ritos del cristianismo, hubiera sido sin duda el introducir en ellos algo que se pareciese á los *misterios* de los paganos.

Sin embargo, dicen nuestros adversarios, esto es lo que hizo S. Clemente de Alejandría; en la misma obra, cap. 42 dice á un pagano: « Venid, yo os mostraré los *misterios* del Verbo, y os los explicaré bajo la figura de los vuestros. Aquí hay un monte agradable á Dios, cubierto con una sombra celestial. Las bacantes son vírgenes puras que celebran en él los festines del Verbo divino, entonan himnos y cánticos al rey del universo, bailan con los justos, y tienen sus carreras sagradas..... ¡Oh santos *misterios*! En ellos veo á Dios y al cielo, yo soy santo por esta iniciación, y el Señor es en ellos el hierofanta: estos son mis *misterios* y mis bacanales. »

Pero para arguir fundándose en esta alegoría, era preciso hacer ver: 1º Que otros autores cristianos se sirvieron de ella, y la repitieron. Volvemos á decir que en la Sagrada Escritura la palabra *misterio* significa una cosa, una palabra, ó una acción que tiene un sentido oculto, y entre los escritores eclesiásticos la palabra *símbolo* tiene muchas veces el mismo sentido. Cuando Jesucristo tocó con su saliva la lengua de un sordomudo, cuando puso lodo sobre los ojos de un ciego de nacimiento, cuando sopló sobre los apóstoles para darles el Espíritu Santo, cuando le hizo bajar sobre ellos en figura de lenguas de fuego, ¿se puede negar que todo esto fué simbólico y misterioso? Nosotros sostenemos que sucede lo mismo con el bautismo, con la Eucaristía y con todos nuestros sacramentos, porque significan y producen un efecto que no se ve. 2º Sería preciso mostrar en nuestro culto los montes, las sombras, las carreras y las danzas de las bacanales, y algunos de los símbolos que se usaban en los *misterios* de Ceres. 3º También sería preciso probar que había en los *misterios* profanos ritos semejantes á los del bautismo ó de los demás sacramentos, sobre cuyo punto

desafiamos á nuestros adversarios. La señal de la cruz, símbolo tan común y tan respetable entre los cristianos, hubiera horrorizado á los gentiles.

Luego es una obstinación maliciosa por parte de los protestantes el acusarnos incessantemente de que nuestro culto es un resto del paganismo; más bien lo es que digan que los catecúmenos antes del bautismo eran ejercitados, ó más bien atormentados por un multitud de pruebas rigurosas como las que se exigían de los que querían iniciarse en los *misterios* de los paganos: esto manifiesta lo poco que aprecian y respetan el bautismo. ¿Donde están las pruebas que se hacían sufrir á los que se iniciaban por dinero?

Si los protestantes atribuyesen realmente efectos espirituales al Bautismo y á la Eucaristía, se verían en la precisión de llamarlos, como nosotros, *símbolos*, *misterios* ó *sacramentos*, pero nos da margen á dudar de su fe el estilo diferente que los más de ellos han adoptado.

Mística (teología). Véase TEOLOGÍA MÍSTICA.

Místico. Sentido *místico* de la Sagrada Escritura. V. ALEGORÍA, FIGURISMO, etc.

Mitentes. V. LAPROS.

Mito. V. MYTHO.

Mitra. Adorno que llevan en la cabeza los obispos cuando celebran de pontifical. M. Languet, en su *Refutación de D. Claude de Vert*, conviene en que es bastante difícil averiguar en qué tiempo tomó la forma que tiene en el día esta especie de bonete; piensa con mucha verosimilitud que sucedió á las coronas que llevaban en otro tiempo en sus funciones los presbíteros y los obispos. En el cap. 4 del *Apocalipsis*, v. 4, se habla de coronas; lo mismo vemos en Eusebio, *Hist. ecclés.*, lib. 10, cap. 4, y en otros muchos autores más recientes. *Verdadero espíritu de la Iglesia en el uso de sus ceremonias*, § 35, página 284.

Como el sacerdocio se compara con la dignidad real en la Sagrada Escritura, no es extraño que en las funciones más augustas del culto divino llevasen los presbíteros uno de los principales adornos de los reyes. El sumo pontífice de los judíos llevaba en la cabeza una tiara, en hebreo *mitsnepheth*, que significa un ceñidor de la cabeza, y los sacerdotes llevaban lo mismo que él una especie de *mitra*, *migbahat*, que significa un bonete elevado en punta, en cuyo alrededor había lunas coronas. *Exod.*, xxix, 6 y 9; xxxix, 26 La tiara era también el adorno de los reyes,

Isaias LXII, 3; y parece que la *mitra* llegó á ser despues la cofia de las mujeres. *Judith* se puso una *mitra* en la cabeza para presentarse á Holofernes. *Judith*, x, 3. Un viajero moderno asegura que las mujeres drusas de los montes de Siria aun hoy llevan en la cabeza una cofia de plata de figura cónica, y que le dan el nombre de *tantoura*, que probablemente es lo mismo que la *mitra* de *Judith*. Las señoras francesas que fueron á las cruzadas tomaron seguramente afición á esta cofia, porque se usaba en Francia en el siglo XV.

En un antiguo pontifical de Cambrai, que describe todos los ornamentos pontificales, no se hace mencion de la *mitra*; igualmente que en otros manuscritos: Amalario, Rabano Mauro, Alcuino y otros autores antiguos que trataron de los ritos eclesiásticos, tampoco hablaron de la *mitra*, y acaso esto es lo que hizo decir á Onufro, en su *Explicacion de los términos oscuros* que está al fin de las *Vidas de los papas*, que el uso de la *mitra* en la Iglesia romana no pasa de seiscientos años de antigüedad. Tambien es esta la opinion del P. Menard en sus *Notas sobre el Sacramentario de S. Gregorio*. Pero el P. Martenne, en su *Tratado de los antiguos ritos de la Iglesia*, dice que es constante que la *mitra* estuvo en uso entre los obispos de Jerusalem; sucesores de Santiago; lo cual se ve por una carta de Teodosio, patriarca de Constantinopla, que fué leida en el octavo concilio general. Tambien es cierto, añade el autor, que el uso de la *mitra* se introdujo en las iglesias de Occidente mucho antes del año de 1000; y es fácil de probar por una imágen antigua de S. Pedro, que está delante de la puerta del monasterio de Corbia, de mas de mil años de antigüedad, y por los antiguos retratos de los papas que nos refieren los bolandistas. Teodulfo, obispo de Orleans, hace tambien mencion de la *mitra* en una de sus poesias, donde dice hablando de un obispo:

Illius ergo caput resplendens mitra tegebat.

Así, continúa el P. Martenne, para conciliar las diversas opiniones sobre esta materia, es preciso decir que siempre se usó la *mitra* en la Iglesia; pero que antiguamente no la llevaban todos los obispos, sino que tuvieron para ello un privilegio especial del papa. En algunas catedrales se ven las estatuas de los obispos con báculo y sin *mitra* sobre sus sepulcros. Dom Mabillon y otros prueban lo mismo respecto á la Iglesia de Occidente y de los obispos del Oriente, exceptuando los patriarcas. El P. Goar y el cardenal Bona

dicen lo mismo respecto á los griegos modernos.

Posteriormente, no solo llegó á ser comun á todos los obispos el uso de la *mitra* en el Occidente, sino que tambien se concedió á los abades. El papa Alejandro II dispensó este privilegio al abad de Cantorbery y á otros varios, y Urbano II al abad de Cluny y al del monte Casino. Los canónigos de Besanzon llevan roquete y *mitras* como los obispos cuando offician. El celebrante, el diácono y el subdiácono usan tambien de *mitra* en las iglesias de Lyon y de Macon: lo mismo sucede con el prior y el chantre de Nuestra Señora de Lóches, etc.

La figura de las *mitras* no fué siempre la misma; las que se ven sobre los sepulcros de los obispos en S. Remigio de Reims, mas se parecen á un gorro que á un bonete. La corona del rey Dagoberto sirve de *mitra* á los abades de Munster. V. VESTIDURAS SAGRADAS.

Moabitas. Del incesto de Lot con su hija primogénita nació un hijo llamado *Moab*; los *moabitas*, sus descendientes, vivian al oriente de la Palestina. Aunque descendian de la familia de Abraham, como los israelitas, fueron siempre sus enemigos. Sin embargo, Moisés prohibió á su pueblo el apoderarse del país de los *moabitas*, porque Dios les habia dado las tierras que poseian. *Deuter.*, II, 9. Trescientos años despues de esta prohibicion, aseguraba todavia Jephthé que los israelitas no habian invadido ninguna parte del territorio de los *moabitas*. *L. de los Jueces*, XI, 15. Por lo mismo no podia tener Moisés motivo alguno para inventar una fábula que infamase el origen de este pueblo, como de ello le acusaron algunos incrédulos: el de los israelitas estaba sellado con la marca del mismo crimen por el incesto de Judá con su nuera.

Los *moabitas* fueron despues vencidos y dominados por David, que los hizo tributarios, aunque no les despojó de sus posesiones. *L. II de los Reyes*, VIII, 2. *El salmo* LIX, 10, dice: *Moab olla spei mex*, y en el *salmo* CVII, 10, *Moab lebes spei mex*; y es preciso traducir *secundum spem meam*: «*Moab, segun mi esperanza, no es mas que un vaso frágil, que yo despedazaré fácilmente.*» En el hebreo está: «*Moab olla lotionis mex.*» «*Moab es un vaso tan frágil, como en el que yo me lavo.*» *Jeremias* habia anunciado la destruccion de los *moabitas* en el XLVIII, 42; y parece que fueron efectivamente exterminados por los asirios, igualmente que los amonitas, y no se habla de ellos despues del cautiverio de Babilonia.

Moisés. Legislador de los judíos, que escribió su historia propia con la de su pueblo. La cuestion principal, que respecto á *Moisés* es de la mayor importancia para los teólogos, se reduce á saber si este hombre célebre fué realmente enviado por Dios, y si probó su *mision* con signos indudables: de aquí dependen la verdad y divinidad de la religion de los judíos. Nosotros sostenemos que *Moisés* la probó efectivamente con sus milagros, con sus profecias, con la sabiduria de su doctrina, de sus leyes y de su conducta. Los incrédulos no le hacen justicia sobre ninguno de estos puntos; pero veremos que sus sospechas, sus conjeturas y sus acusaciones no tienen ningun fundamento.

Muchos manifestaron tanta prevencion y tanto gusto á las paradojas, que llegaron á disputar la existencia de *Moisés*, y á sostener con seriedad que es un personaje fabuloso. Nosotros oponemos á estos escritores temerarios y de poca instruccion: 1º Que los libros de *Moisés* no pudieron haber sido escritos por otro. V. PENTATEUCO. 2º Que el testimonio de los autores judíos que escribieron despues de él, confirma esta verdad, porque todos hablan de él como legislador, y la ley judáica se llama constantemente *la ley de Moisés*: su genealogia, no solo se refiere en los libros del Éxodo, del Levítico y de los Números, sino tambien en los de los Paralipómenos y Esdras. 3º El sentir y la creencia de los historiadores profanos, egipcios, fenicios, asirios, griegos y romanos. Los cita Josefo en sus libros *contra Appion*, Taciano en su *Discurso contra los griegos*, Origenes en su obra *contra Celso*, Eusebio en su *Preparacion evangélica*, y S. Cirilo *contra Juliano*. ¿Cómo se atreven á repetir cien veces en nuestros días, á pesar de todos estos monumentos, que *Moisés* fué desconocido de todas las naciones?

Si un filósofo tratase de diputar á los chinos la existencia de Confucio; á los indios la de Beass Muni, de Goutam y de los demás brahmas que redactaron sus libros y sus leyes; á los persas la de Zoroastro; y á los musulmanes la de Mahoma, seria mirado como un insensato. De todos estos personajes no hay, sin embargo, uno solo cuya existencia se pruebe con mayores ni mas firmes fundamentos que la de *Moisés*.

El único discurso que oponen á estas pruebas solo se funda en una conjetura. Mr. Huet se habia persuadido de que las fábulas de los paganos no eran mas que la Historia sagrada corrompida y alterada, y que los personajes de la mitología eran el mismo *Moisés*; creia

encontrar las acciones y caracteres de este legislador, no solo en Osiris, Baco y Serápis, etc., dioses del Egipto, sino tambien en Apolo, Pan, Esculapio, Prometeo, etc., dioses ó héroes de los griegos y latinos. En esto se fundó el autor de la *Filosofia de la Historia* para impugnar la existencia de *Moisés*. Veremos, dice, todos sus caracteres en el Baco de los árabes; este es un personaje imaginario; luego tambien *Moisés*. Este discurso le pareció tan convincente y victorioso, que lo repitió en veinte folletos.

Esto es lo mismo que si dijera: La historia judáica es el modelo que sirvió á los paganos para arreglar y tejer su mitología: luego si esta no tiene ninguna realidad, lo mismo debe decirse de la historia. Pero ¿un adorno de imaginacion destruye la verdad del hecho sobre el cual se estableció? La dificultad está en saber si el historiador de los judíos copió las fábulas de los paganos, ó si estos últimos son los que disfrazaron de intento la historia de *Moisés*. Por lo mismo, debian primero probar que esta historia es menos antigua que las fábulas de los paganos. El autor de la objecion no se atrevió á emprenderlo, y no hay ningun incrédulo que sea capaz de citar un solo libro profano tan antiguo como la historia de los judíos. Aunque fuesen ciertas las conjeturas de Mr. Huet, servirian para confirmar mas bien que para destruir la existencia de *Moisés*. Pero nada prueban las conjeturas por ingeniosas que sean. Añadimos que para que se ajuste la historia del legislador de los judíos con la del pretendido Baco de los árabes, atribuye nuestro filósofo á este último algunas aventuras, en las cuales nunca soñaron los de la Arabia.

Otro monumento que opone este crítico á la existencia del legislador de los judíos es una historia romana ó una novela de este personaje, compuesta por los rabinos modernos, atestada de fábulas y de puerilidades, y que sostiene ser de mucha antigüedad. Lo cierto es que no pasa del siglo XII ó XIII, y que no tiene ninguna señal de una antigüedad mas remota, sino todos los caracteres posibles de una composicion muy reciente, desconocida de todos los autores antiguos, y que no valia lo que costó sacarla del polvo. Si nosotros nos valiésemos de unos títulos tan evidentemente falsos, nos harian mil reconvencciones los incrédulos. Vamos á probar la *mision de Moisés*.

I. Que este legislador hizo milagros es un hecho probado, en primer lugar, por el testimonio de testigos oculares. Josué, sucesor de *Moisés*, pone por testigos á los jefes de su